

una puerta cerrada. Frente a esa puerta, precisamente cuando disponía de absoluta libertad para abrirla, reflexionaba ahora el hombre sobre la conveniencia de retrasar su deseo de penetrar en el cuarto prohibido, porque había recordado de pronto una inquietante afirmación cazada hacía muchos años a la prosa de Azorín, a la sazón relegada incluso por los que un día resultaron sus más fervorosos admiradores: «Sabed que hay un instante en nuestra vida, un instante único, supremo, en que detrás de una puerta que vamos a abrir está nuestra felicidad o nuestro infortunio». Como ya había introducido la llave en la cerradura, inmovilizó su mano, asida a

aquella, deteniendo la acción. ¿Y si decidiera de una vez para siempre no abrir la puerta del cuarto prohibido? Cerrada definitivamente entonces, sumida en su total hermetismo de siempre, negada a todo lenguaje clarificador, la puerta continuaría siendo para el hombre, a través de los años que después vendrían, no muchos ya, lo más probable, el símbolo más significativo de todos sus logros y frustraciones, de todos sus desasimientos y apetencias; determinación que de alguna manera podría evitarle a él, tan vulnerable a las trastadas de su destino, nuevos y mayores riesgos. Por el contrario, si se decidía a abrir la puerta, ¿qué inéditas claves, qué

misteriosas cifras personales habría de afrontar? Finalmente, asida aún la mano a la llave, le había asaltado la duda de si gran número de los hechos que componían su desafortunada existencia no habrían dependido en parte de aquella puerta cerrada. Preguntándose todavía, caía en la cuenta de la inutilidad de toda reflexión. Súbitamente, aún a caballo entre el sí y el no, entre el quiero y no quiero, en un nervioso movimiento mecánico, no del todo consentido, el hombre había hecho girar la llave dentro de la cerradura. Por vez primera, el hombre alcanzaba a contemplar la puerta abierta.

# Alabanza al hombre

Giovanni Pico Della Mirandola

*LAS palabras que siguen, y que podrían servir como lema para toda la época, pertenecen a la Oratio de hominis dignitate de Giovanni Pico della Mirandola, al que conocemos como Pico de la Mirandola. Son las mismas que él mismo se proponía pronunciar en Roma ante los doctos de Italia y de Europa allí congregados, a sus expensas, para discutir con él sobre novecientos argumentos en torno a todas las ramas de lo cognoscible. Alcanzado por la condena pontificia lanzada por Inocencio VIII, debió no obstante alejarse precipitadamente de Roma hacia finales de 1487.*

ESTABLECIÓ finalmente el Optimo Artífice que, a quien no le podía dar nada como propio, le fuese común todo aquello que había asignado de manera singular a los demás. Por eso escogió al hombre como obra de naturaleza indefinida y, poniéndolo en el corazón del mundo, le habló así:

«No te he dado, Adán, ni un puesto determinado, ni un aspecto tuyo propio, ni prerrogativa alguna para que el lugar, el aspecto, las prerrogativas que tú desees, todo eso precisamente, según tu deseo y tu consejo, lo obtengas y lo conserves. La naturaleza determinada de los demás está conte-

nida en las leyes prescritas por mí. Tú, en cambio te la determinarás, sin ninguna barrera que te constriña, según tu arbitrio, a cuya potestad te entregué. Te puse en medio del mundo para que desde ahí discernieras todo lo que está en él. No te hice ni celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, casi libre y soberano artífice, te plasmases y te esculpieses a ti mismo según la forma que hubieses elegido previamente. Podrás degenerar en las cosas inferiores, que son los animales; podrás regenerarte, según tu voluntad, en las cosas superiores, que son divinas».

¡Oh suprema liberalidad de Dios Padre! ¡Oh suprema y admirable felicidad del hombre! A él se le ha concedido obtener lo que desea, ser lo que quiere. Los brutos, al nacer, llevan consigo, como dice Lucilio, del seno materno, todo lo que tendrán. Los espíritus superiores, ya desde el inicio o desde muy poco después, fueron lo que serán por los siglos de los siglos. En el hombre naciente, el padre coloca semillas de todas las especies y gémenes de toda vida. Y, según como cada cual las cultive, crecerán y darán en él sus frutos.

Apud. Eugenio GARIN, *El Renacimiento italiano*. Ed. Ariel, Barcelona 1986.